

Desconfía de todo. Lucha por tu vida.
Protege siempre tu corazón.



LA SERPIENTE Y LAS ALAS DE LA NOCHE

CARISSA
BROADBENT

LA SERPIENTE Y LAS ALAS DE LA NOCHE

CARISSA
BROADBENT

Traducción de Pilar de la Peña Minguell

EDICIÓN DELUXE

Título original: *The Serpent and the Wings of Night*

© Carissa Broadbent, 2023

© por la traducción, Pilar de la Peña Minguell, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

© del mapa del interior, Carissa Broadbent

© de las imágenes del interior, Shutterstock

Primera edición: septiembre de 2024

ISBN: 978-84-08-29248-7

Depósito legal: B. 12.069-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



1

Todo empezó como un ensayo, un jueguito, un pequeño ejercicio, algo que necesitaba demostrarme a mí misma. No tenía claro cuándo se había convertido en deporte, en mi vergonzosa rebelión secreta.

Quizá para algunos fuese una estupidez que yo, humana, cazara de noche, cuando me encontraba en una considerable desventaja en comparación con mis presas, pero ellas actuaban de noche, de modo que yo también.

Me pegué a la pared, con el puñal bien sujeto en las manos. Hacía una noche cálida, de esas en las que el calor del sol se adhiere a la humedad vaporosa del aire hasta mucho después de que se ponga el sol. El hedor quedaba suspendido en una densa nube podrida, de comida rancia de la basura de los callejones, sí, pero también de carne descompuesta y sangre. Los vampiros no se molestaban en recoger cuando terminaban en los distritos humanos de la Casa de la Noche.

En teoría, los humanos estaban a salvo allí, entre las murallas del reino; eran ciudadanos, aunque inferiores, más débiles que los Nacidos de la Noche en todos los sentidos. Sin embargo, esa segunda verdad a menudo hacía irrelevante la primera.

El hombre era un hiaj, con las alas bien pegadas a la espalda.

Por lo visto, no hacía mucho uso de la magia, porque no las re-traía para que la cacería fuese más fácil. O a lo mejor disfrutaba del efecto que tenían en su presa. Algunos eran así de fanfarrones: les gustaba que les tuvieran miedo.

Desde la azotea vi al hombre acechar a su objetivo, un niño de unos diez años, aunque algo pequeño por una evidente des-nutrición. El niño estaba en el patio de tierra vallado de una casa de adobe, botando una pelota en la tierra, una y otra vez, ajeno a la muerte que se le acercaba sigilosamente.

Era una imprudencia tan grande que aquel niño estuviera solo por la noche... Claro que yo sabía mejor que nadie lo ago-tador que era crecer en constante peligro. A lo mejor aquella familia había tenido a sus hijos en casa después del anochecer absolutamente todos los días de los últimos diez años. Bastaba con un descuido, una madre distraída que olvidara llamar a su hijo adentro, un niño enfurruñado al que no le apeteciera en-trar a cenar. Una sola noche en la vida.

Ocurría muy a menudo.

Pero no esa noche.

Cuando el vampiro se moviera, me movería yo también.

Me dejé caer de la azotea al adoquinado. No hice ruido, pero el oído de los vampiros era impecable. El hombre se dio la vuel-ta y me saludó con una mirada gélida y una sonrisa de medio lado que revelaba el destello de un colmillo afilado.

¿Me había reconocido? A veces sucedía. A ese no le di oca-sión.

A esas alturas ya era casi rutina, un sistema que había pulido hasta la perfección en cientos de noches como aquella.

Primero las alas. Dos cortes, uno en cada una, lo suficiente para evitar que volara. Con los vampiros hiaj, eso era fácil. La piel membranosa era delicada como el papel. A veces me topaba con vampiros rishan y esos eran algo más complicados, porque

las alas plumadas resultaban más difíciles de pinchar, pero había depurado la técnica. Aquel paso era importante, y por eso era el primero. Necesitaba que se quedaran allí, en el suelo, conmigo. Una vez cometí el error de saltarme ese paso; aprendí la lección, pero casi no lo cuento.

Como no podía ser más fuerte que ellos, debía ser más precisa. No había tiempo para errores.

El vampiro profirió un sonido a medio camino entre un aullido de dolor y un gruñido de rabia. Los latidos de mi corazón eran ya un tamborileo rápido, con la sangre cerca de la epidermis. Me pregunté si la olería. Me había pasado la vida entera intentando ocultar el bombeo de mi sangre, pero en ese preciso instante me alegraba de ello. Los volvía estúpidos. Aquel imbécil ni siquiera iba armado, pero aun así se abalanzó sobre mí sin preocuparse por nada.

Me encantaba (de verdad, me chiflaba) que me subestimaran.

Una puñalada en el costado, debajo de las costillas, y otra en el cuello. No bastaba para matarlo, pero sí para hacerlo flaquear.

Lo empujé contra la pared, clavándole uno de los puñales para retenerlo. Había impregnado el filo con dhaivinth, un paralizante de efecto inmediato, potente pero de corta duración. Solo funcionaría unos minutos, pero era todo lo que necesitaba.

Apenas consiguió arañarme la mejilla un par de veces con aquellos dedos afilados como cuchillas antes de que sus movimientos se debilitaran. Y justo cuando vi que parpadeaba rápido, como queriendo mantenerse despierto, atacué.

«Tienes que empujar fuerte para atravesar el esternón.»

Así lo hice, lo bastante para partirle el hueso y abrir un pasaje hasta el corazón. Los vampiros eran más fuertes que yo en

todos los sentidos: sus cuerpos eran más musculosos, sus movimientos más rápidos, sus dientes más afilados.

Pero el corazón lo tenían igual de blando.

En el instante en que el puñal les atravesaba el pecho, siempre oía la voz de mi padre.

«No apartes la mirada, culebrilla», me susurraba Vincent al oído.

No lo hice. Ni entonces ni en el momento presente. Porque sabía lo que vería allí, en la oscuridad. Sabía que vería el hermoso rostro de un niño al que en su día había querido mucho, y con el mismo aspecto que cuando mi cuchillo le entró en el pecho.

Los vampiros eran los hijos de la diosa de la muerte; por eso me hacía gracia que la temieran tanto como los humanos. Los observaba todas las veces y veía cómo el terror se instalaba en su rostro al caer en la cuenta de que venía a buscarlos.

Al menos en eso éramos iguales. Al menos, en el momento final, éramos todos unos malditos cobardes.

La sangre de los vampiros era más oscura que la de los humanos, casi negra, como si la hubiera ido oscureciendo, capa a capa, la sangre de humanos y animales consumida a lo largo de los siglos. En cuanto dejé caer al vampiro, me vi cubierta de ella.

Me aparté del cuerpo. Solo entonces vi a la familia mirándome sin parpadear: era sigilosa, pero no lo bastante como para pasar inadvertida cuando estaba casi en el umbral. La madre abrazaba ya con fuerza al niño. Había un hombre con ellos, y otra criatura, una niña. Eran delgados, sus ropas corrientes y raídas, manchadas tras largas jornadas de trabajo. Estaban los cuatro a la puerta de la vivienda, con la mirada fija en mí.

Me quedé paralizada, como un ciervo atrapado por un rastreador en el bosque.

Qué curioso que fueran aquellos humanos hambrientos, no los vampiros, los que me hicieran pasar de cazadora a cazada.

A lo mejor era porque, cuando estaba con vampiros, sabía lo que era, pero al mirar a aquellos humanos los contornos se emborronaban y les faltaba definición, como si contemplara un reflejo distorsionado de mí misma.

O quizá yo fuera el reflejo.

Ellos eran como yo y, aun así, no encontraba semejanzas entre nosotros. Imaginaba que, si abría la boca para hablar con ellos, los unos ni siquiera entenderíamos los ruidos que hacían los otros. A mí me parecían animales.

La triste verdad era que tal vez en parte me asqueaban, del mismo modo que me asqueaban mis propios defectos humanos. Sin embargo, otra parte de mí, quizá la que recordaba que yo en su día había vivido en una casa idéntica a aquella, ansiaba acercarse.

No iba a hacerlo, desde luego.

No, yo no era un vampiro, eso lo tenía clarísimo cada instante de cada día, pero tampoco era una de ellos.

Un frío súbito me asaltó la mejilla. Me la toqué y me noté los dedos mojados. Lluvia.

Las gotas interrumpieron nuestro silencio de respiraciones contenidas. La mujer dio un paso adelante, como si fuera a decir algo, pero yo ya me había refugiado de nuevo en las sombras.



No pude resistirme al rodeo. En circunstancias normales habría trepado por el castillo directamente hasta mi cuarto, en las to-

rres occidentales. En cambio, subí por el este, salté la tapia del jardín y me dirigí a los aposentos de los criados. Me colé por la ventana, que daba a un arbusto inmenso de flores añiles que se volvían plateadas a la luz de la luna. En cuanto mis pies tocaron el suelo, maldije, a punto de caer cuando lo que parecía un montón de tejido líquido se deslizó bajo mis botas y por encima de la madera lisa.

La carcajada sonó como el graznido de un cuervo y terminó enseguida en una abundancia de toses.

—Seda —graznó la anciana—, la mejor trampa para ladronzuelos.

—Este sitio es un puto desastre, Ilana.

—¡Bah!

Volvió la esquina y me miró con los ojos fruncidos, mientras le daba una calada honda y entrecortada al puro y expulsaba el humo por la nariz. Vestía un tul vaporoso teñido de oleadas de color. El pelo entrecano se amontonaba en lo alto de su cabeza con admirable volumen. De los lóbulos de las orejas le colgaban unos pendientes de oro, y sus ojos arrugados iban pintados con sombra de color azul grisáceo sobre una capa generosa de kohl.

Su vivienda era tan colorida y caótica como ella: había ropa, joyas y pintura chillona en todas las superficies. Yo había entrado por la ventana del salón, que cerré entonces para evitar que se colase la lluvia. El sitio era diminuto, pero mucho más bonito que las casuchas de adobe medio derruidas del distrito humano.

Me miró de arriba abajo, frotándose el cuello.

—No acepto críticas de una rata calada como tú.

Me miré yo también y palidecí. Solo entonces, a la cálida luz del farolillo, reparé en la pinta tan espantosa que llevaba.

—Quién diría que eres bonita debajo de todo eso, Oraya —prosiguió—. La muerte se ha empeñado en hacerte parecer lo

menos atractiva posible. Por cierto... Tengo una cosa para ti. Toma. —Con unas manos artríticas y nudosas, hurgó en un montón de telas arrugadas que tenía al lado y me lanzó una desde el otro extremo de la estancia—. ¡Cógela!

La cacé al vuelo y la desplegué. La banda de seda era de un largo casi equivalente a mi altura, y de un asombroso violeta fuerte ribeteado de oro.

—Me ha recordado a ti —dijo Ilana, y, apoyándose en el marco de la puerta, le dio otra calada al puro.

No le pregunté de dónde había sacado algo así. La edad no le había hecho los dedos menos ágiles... ni menos largos.

—Quédatelo. Yo no llevo estas cosas, ya lo sabes.

En el día a día vestía solo de negro, ropa sencilla que llamara poco la atención y me permitiera libertad de movimientos. Jamás llevaba nada vistoso (porque atraería miradas indeseadas) ni vaporoso (porque permitiría a alguien atraparme) ni demasiado apretado (porque me impediría luchar o huir). Casi siempre iba de cuero, aun con el calor espantoso del verano. Protegía y era flexible.

Admiraba las cosas bonitas como cualquiera, desde luego, pero estaba rodeada de depredadores. La supervivencia estaba por encima de la coquetería.

Ilana resopló burlona.

—Sé que a ti también te gusta la ropa fina, ratilla, aunque te dé demasiado miedo llevarla. Condenada vergüenza. Los jóvenes no sabéis disfrutar de la juventud. Ni de la belleza. Es un buen color para ti. Por mí, como si bailas desnuda en tu cuarto con ella.

Enarqué las cejas mirando su horda de colores.

—¿Eso es lo que haces tú con tus telas?

Me guiñó un ojo.

—Todo eso y más. Y no finjas que tú no.

Ilana nunca había estado en mi cuarto y, sin embargo, me conocía lo suficiente como para saber que, en efecto, tenía un solo cajón repleto de baratijas de vivos colores que había ido coleccionando a lo largo de los años, cosas que eran innecesariamente ostentosas para llevarlas en esta vida, pero que, a lo mejor, podía soñar con ponerme en otra.

Por más que intentaba explicárselo, Ilana no entendía mi cautela. Me había dejado clarísimo muchísimas veces que estaba harta («¡Harta!», proclamaba) de ser cauta. La verdad es que no sabía cómo aquella bruja había sobrevivido tanto tiempo, pero estaba agradecida por ello. Los humanos que había visto en los suburbios esa mañana no se parecían en nada a mí, y los vampiros que me rodeaban, menos aún. Solo Ilana estaba en un punto intermedio, exactamente igual que yo.

Aunque por razones muy distintas.

A mí me habían criado en este mundo, pero ella había entrado en él por voluntad propia hacía diez años. De adolescente me fascinaba. Había conocido a muy pocos humanos más. Entonces no supe ver que Ilana era, aun entre los humanos, un tanto... peculiar.

Ilana volvió a tocarse el cuello. Vi que el paño que sujetaba en el puño no era rojo o, al menos, no lo había sido en un principio. Me acerqué y reparé en las heridas de su cuello, tres punciones dobles; luego le vi el vendaje de la muñeca, que ocultaba solo Nyaxia sabía cuántas más.

Debió de cambiarme la cara, porque soltó otra carcajada.

—Hoy han cenado por todo lo alto —dijo—. Me han pagado bien por ello. Me han pagado para que unos hombres guapos me chupen el cuello toda la noche. A mi yo más joven le habría entusiasmado.

No fui capaz ni de forzar una sonrisa.

Sí, no tenía ni idea de cómo Ilana había sobrevivido tanto

tiempo. La mayoría de los proveedores voluntarios de sangre humana, y no eran muchos, morían al año de empezar a trabajar. Yo sabía de sobra el escaso autocontrol que tenían los vampiros cuando había hambre de por medio.

Ilana y yo jamás nos pondríamos de acuerdo en algunas cosas.

—Voy a estar ausente un tiempo. —Cambié de tema—. Solo quería hacértelo saber para que no te preocupases.

Se quedó pasmada. Aun a la escasa luz de la estancia, la vi palidecer dos tonos.

—Ese desgraciado... Lo vas a hacer.

No me apetecía tener aquella conversación, aunque la veía venir.

—Tú tendrías que pensarte lo de dejar la ciudad interior un tiempo —proseguí—. Ir a los distritos. Sé que lo odias, pero al menos allí...

—¡Me importa una mierda!

—Es el Kejari, Ilana. Aquí no estás a salvo. Ningún humano está a salvo fuera del distrito protegido.

—El «distrito protegido». ¡Ese suburbio! Me marché por una razón. Apesta a miseria. —Arrugó la nariz—. A miseria y a pis.

—Es una zona segura.

No me pasó inadvertida la paradoja de decir algo así cuando yo misma iba cubierta de sangre tras volver de aquel lugar.

—Bah. La seguridad está sobrevalorada. ¿Qué clase de vida es esa? ¿Quieres que me vaya cuando el acontecimiento más emocionante de los últimos dos siglos está a punto de producirse a la puerta de mi casa? No, cielo. No pienso hacerlo.

Me había dicho a mí misma que mantendría la calma; sabía que seguramente Ilana no me haría caso. Aun así, no fui capaz de disimular mi frustración.

—Eso es una estupidez. Son solo unos meses. ¡O incluso unos días! Si te marcharas solo para la inauguración...

—¡Una estupidez! —espetó—. ¿Eso es lo que él dice? ¿Es lo que te dice a ti siempre que quieres hacer algo que escapa a su control?

Resoplé entre dientes. Sí, Vincent me llamaría «estúpida» si me negase a protegerme sin motivo. Y lo haría con razón.

Puede que el distrito humano sea un lodazal, pero al menos los humanos de allí cuentan con una supuesta protección. ¿Allí? No sabía qué le ocurriría a Ilana ni a ningún humano de la ciudad interior una vez que empezara el Kejari, sobre todo a una que ya había renunciado a su sangre.

Había oído historias de cómo se utilizaba a los humanos en aquellos torneos. No sabía qué había de cierto y qué de exageración, pero me revolvía el estómago. A veces me daban ganas de preguntarle a Vincent, pero sabía que pensaría que me preocupaba por mí misma. No quería que se preocupase por mí más de lo que ya lo hacía. Además, él tampoco sabía lo amigas que nos habíamos hecho Ilana y yo en los últimos años.

Había muchas cosas que Vincent ignoraba, aspectos que no encajaban en la imagen que tenía de mí. Igual que había cosas de mí que Ilana jamás entendería.

Aun así, no sabía qué haría sin cualquiera de los dos. No tenía familia allí. A quienquiera que estuviese conmigo en aquella casa cuando Vincent me encontró lo habían matado. Si me quedaban parientes lejanos, estaban atrapados en algún lugar fuera de mi alcance, al menos hasta que ganara el Kejari. Pero tenía a Vincent y a Ilana, y ellos se habían convertido en todo lo que yo imaginaba que sería una familia, aunque ninguno de los dos fuera capaz de entender todas las partes contradictorias de mi persona.

En ese momento en que la posibilidad de perder a Ilana me

parecía de pronto demasiado tangible, el miedo se me aferró al corazón y se negaba a soltármelo.

—Ilana, por favor —le dije con la voz extrañamente rota—. Por favor, vete.

Ella suavizó el gesto. Apagó el puro en un cenicero rebosante y se me acercó tanto que casi le podía contar las patas de gallo. Su mano apergaminada me acarició la mejilla. Olía a humo y a un perfume de rosas demasiado empalagoso... y a sangre.

—Eres muy dulce —me dijo—. Cáustica pero dulce. A tu estilo ácido. Como... como la piña.

Muy a mi pesar, esbocé una sonrisa.

—¿Como la piña?

¡Qué palabra tan absurda! Conociéndola, seguramente se la había inventado.

—Pero estoy cansada, cielo. Cansada de tener miedo. Me marché del distrito porque quería ver cómo eran las cosas aquí, y ha sido una aventura tan apasionante como imaginaba. Me juego la vida a diario estando aquí. Igual que tú.

—No hace falta que hagas ninguna estupidez.

—Que no te importe es una forma de rebeldía. Sé que lo sabes tan bien como yo. Aunque escondas los colores al fondo de la cómoda. —Me miró a propósito la ropa manchada de sangre—. Aunque lo ocultes en las sombras de los callejones del distrito.

—Por favor, Ilana. Solo una semana, aunque no sea durante todo el Kejari. Toma... —Le devolví el pañuelo—. Toma esta cosa tan estridente y dámela cuando vuelvas, e incluso te prometo que me la pondré.

Guardó silencio un buen rato; luego cogió la seda y se la guardó en el bolsillo.

—Vale. Me iré por la mañana. —Solté un suspiro de alivio—. Pero tú..., tú, ratilla testaruda... —Me cogió la cara con las ma-

nos, aplastándome las mejillas—. Tú ten cuidado. No te voy a sermonear sobre lo que él te está obligando a hacer...

Me zafé de aquellas manos que me apretaban con una fuerza asombrosa.

—¡No me está obligando a hacer nada!

—¡Bah! —Menos mal que me había apartado, porque la réplica fue tan furiosa que llegó acompañada de saliva—. No quiero ver cómo te conviertes en una de ellos. Sería... —Cerró la boca de golpe, sus ojos exploraron mi rostro y una oleada de emoción inquietantemente intensa le barrió el semblante—. Sería un puñetero aburrimiento.

No era eso lo que iba a decir, y yo lo sabía, pero Ilana y yo teníamos este tipo de relación: toda la cruda sinceridad, toda la desagradable ternura quedaba oculta en las cosas que no nos decíamos. Igual que yo no decía en voz alta que iba a competir en el Kejari, ella no me decía en voz alta que temía por mí.

Aun así, me impactó verla al borde de las lágrimas. Fue entonces cuando de verdad caí en la cuenta de que solo me tenía a mí. Yo, por lo menos, tenía a Vincent, pero ella estaba sola.

Mis ojos se posaron de pronto en el reloj y solté una maldición.

—Me tengo que ir —le espeté retirándome a la ventana—. No bebas hasta caer muerta, vieja arpía.

—Y tú ten cuidado de no clavarte el palo que llevas metido por el culo —replicó limpiándose los ojos, haciendo desaparecer cualquier rastro de su previa vulnerabilidad.

«¡Menuda bruja local!», me dije con cariño para mis adentros.

Abrí de golpe la ventana y dejé que el vapor de la lluvia estival me asaltara el rostro. No era mi intención callar de pronto,

pero se me atascaron en la boca las palabras, unas que solo le había dicho en otra ocasión a alguien que las merecía menos.

Pero Ilana ya se había metido en su cuarto. Me tragué lo que fuera que iba a decir y salí de nuevo a la noche.